

DÍA DE LA CANDELARIA

2 de febrero de 2019

Lectura del Evangelio según San Lucas (Lucas 2,22-40)

"Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.» Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.» Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él."

Homilía de Padre Milton

Realmente es lindo pensar que hoy se celebren tantas cosas bonitas. Hoy es el día de la presentación del Niño Jesús en el Templo. Hoy es también el día de la vida consagrada, como les decía. Hoy es el día de la luz y también hoy se celebran los veinte y cinco años de fundación de la Casa de la Misericordia. Estamos en el año de los 25 años de fundación de la Obra. Hay muchas cosas que pensar respecto de este día. También justo hace un año empezó la Casa de Nazareth.

Como yo les decía hay algo que ustedes pueden escucharlo hasta raro. La Obra de la Unidad es uno de los pocos grupos donde todos los miembros son consagrados. A ustedes les puede parecer bonito decir: "¡qué lindo el Padre como nos trata! ¡Es hermoso como nos trata el Padre Milton porque nos dice que yo soy consagrado, que tú eres consagrada"! Y uno dice: "si, así es". Es un trato bonito, pero el trato bonito tiene de por sí una exigencia.

Les comentaba que la otra vez una persona me decía: "yo no entiendo porque, ahora que pertenezco a la Obra de la Unidad, incluso dentro de la misma Iglesia católica, hay gente que habla mal de mí". Yo le decía: "porque perteneces a la Obra de la Unidad". Es decir, el camino para el cual el Señor te escogió no es cualquier camino. Tú, como miembro de la Obra, aunque seas un laico, una persona casada, estás llamado a ser consagrado. Eso va a implicar, además, un camino de purificación.

Hoy es día de la entrega de Jesús en el Templo, ¿no es cierto? Ese misterio ¿qué más dice? La entrega de Jesús en el Templo y la Purificación de María Santísima.

¿Se imaginan que María Santísima tenga que purificarse? ¿Porque? Porque el hecho de que seas consagrado implica, quieras o no quieras, en algún punto de tu vida, que vas a ser purificado. El hecho de que seas consagrado, de que le pertenezcas a Dios, significa que vas a ser purificado.

Con esto voy, a que suena muy bonito de que todos los miembros de la Obra somos consagrados. ¡Se oye tan bonito! Pero y que tal les suena el hecho de decirles: “ustedes van a ser purificados”. Yo sé que puede sonar un poco fuerte, pero es cierto. Yo he llegado a la convicción de que los miembros de la Obra y cada persona que tiene un llamado especial a ser parte de un cambio en la Iglesia tienen que vivir una purificación. Todas las personas que son llamadas a ser algo particular dentro de la Iglesia, son llamadas a vivir una purificación.

Nosotros tenemos dos modelos de sacerdotes que son el Padre Juan y el Padre Alberto que fueron los primeros consagrados religiosos dentro de la Obra.

Algunos podrían estar preguntándose: ¿de qué está hablando? Se supone que todos somos religiosos ¿o no? Es una larga historia que voy a intentar resumirla.

En la Iglesia existen dos tipos de personas, los religiosos y los seculares. Los religiosos son las personas que están unidas a la Iglesia a través de votos de pobreza, castidad y obediencia. Por ejemplo, una monjita franciscana, hace votos de pobreza, castidad y obediencia. Un buen día esa monja quiere casarse y ese matrimonio no será válido a menos que ella pida un permiso especial a través del obispo y en algunos casos, a través del Santo Padre específicamente, para que ella, si es que se arrepiente de ser monjita, pueda casarse. Eso se llama religiosa. Pertenece a una comunidad religiosa.

El otro tipo de personas dentro de la Iglesia son los seculares, los seglares. Yo sé que a algunos se les va a cruzar los cables con lo que les voy a decir. Los sacerdotes también son seglares, ósea, los sacerdotes no tienen que hacer votos de pobreza, castidad y obediencia.

Cuando ustedes ven a un sacerdote diocesano, él no hace votos de pobreza, castidad y obediencia, es un sacerdote diocesano, un sacerdote seglar. Por eso es que el sacerdote, por ser sacerdote, implícitamente hablando, le ofrece a Dios la pobreza, la castidad y la obediencia, pero él no hace un voto. Tanto que, por ejemplo, si un sacerdote religioso y un sacerdote seglar deciden salirse y casarse, al sacerdote secular le va a ser más fácil el proceso, porque él, como sacerdote tendrá que hacer un proceso como sacerdote y no como religioso.

El resto de las personas son seglares en todo el sentido de la palabra. Es decir, no están unidos ni a través del voto de pobreza, castidad y obediencia; ni a través del ministerio sacerdotal. Se pueden casar cuando quieran, a menos que hayan cometido alguna de las cosas que te prohíben casarte.

Dentro de esta vida que es la vida religiosa, existen personas que son llamadas, como les decía, a ser religiosos. Yo, por ejemplo. El Padre Juan, por ejemplo, era un sacerdote religioso. El no solamente era sacerdote. De hecho, si tú le preguntabas

qué era lo más importante para él, decía: “para mí, lo más importante fueron mis primeros votos”.

De hecho, nosotros celebramos las bodas de oro “de los votos del Padre Juan y no celebramos las bodas de oro del sacerdocio, porque el Padre Juan decía: “para mí, lo más importante era la vida religiosa”.

Para un sacerdote religioso es más importante la vida religiosa que el sacerdocio. Para el Padre Juan, ¿qué era más importante? ¿Ser sacerdote o ser “de Jesús”? Ser de Jesús.

Por eso en algún momento, cuando él decidió salirse de la vida de los redentoristas, cuando él se hizo sacerdote secular para hacerse miembro de la Obra (tenía que ser sacerdote secular), él quedó a cargo del obispo diocesano que era Monseñor Antonio González y luego quedó en manos de Monseñor Raúl Vela. Él les dijo a los dos, al padre Guillermo y al Padre Juan, pero particularmente al Padre Guillermo: “si tú continuas en este camino, te quito el estado clerical”.

El Padre Guillermo y el Padre Juan, dejaron de ser religiosos para hacerse diocesanos y pertenecer a la Obra. El Padre Juan había logrado totalmente el proceso de ser religioso entonces era diocesano y miembro de la Obra a través del arzobispo, pero el Padre Guillermo, no. El padre Guillermo seguía siendo religioso. Por eso el Arzobispo le dijo: “si tu dejas esa comunidad para hacerte de la Obra, yo te quito el estado religioso y, además, te reduzco al estado laical”. Esto es algo que el Obispo como llegó a tenerlo a su cargo, podía hacer y que no podía hacer cuando él era religioso.

¿Qué era lo más importante para el Padre Juan y para el Padre Alberto? Era el llamado a ser de Jesús. Ellos sintieron un llamado a ser de Jesús en sus comunidades primero.

Algo que muchas personas no entendían y me voy a mi caso -aunque no es comparable definitivamente con la vida hermosa y de entrega completa de los moderadores- cuando a mí, Dios me llamó, sentí un llamado de Dios que me dijo: “ven, deja todo y sígueme”.

Yo tenía diez y ocho años y dije: “no es que yo pensé que Dios quiere que yo sea cura. Yo sentí que Jesús me llamó a dejarlo todo para seguirle”. Mucha gente se le cruzaban los cables porque decían: “en la Obra de la Unidad no vas a ser cura”. Yo decía: “A mí no me interesa. Dios me llamó a seguirle”.

Es algo parecido de lo que les decían al Padre Juan y al Padre Alberto, con las distancias debidas. Ellos entraron a la Obra de la Unidad y siendo de la Obra de la Unidad, iban a dejar de ser religiosos. Para ellos eso era muy importante, pero ellos preferían perder el estado religioso con tal de ser de Jesús.

Cuando yo entré a la Obra de la Unidad, sentí este llamado de “Ven y sígueme. Deja todo y sígueme”. Me acuerdo que incluso, algunos miembros de la Obra y algunas personas en ese tiempo me dijeron: “en la Obra nunca vas a ser sacerdote”.

¿Qué era lo que yo sentía en el corazón? Yo pensaba y decía: “cuando Jesús me llamó, nunca me llamó a ser sacerdote”. Les decía muy sinceramente: “Yo me acuerdo de la palabra que Jesús me dijo: Él me dijo ven y sígueme”.

¿Qué significa el “Sígueme”? Deja todo y sígueme.

Yo no tenía problema con no ser sacerdote. Mientras los otros seminaristas entraban en crisis porque decían: “está pasando el tiempo y nadie nos va a ordenar sacerdotes. ¡Estamos en crisis!”

Yo respondía: “En crisis están ustedes, yo no”. Porque yo nunca sentí que Dios me llamó a ser sacerdote. Me acuerdo de la palabra de Jesús que dijo: “Ven y sígueme”. Era la única palabra que yo tenía en la cabeza.

Tuve una reunión con un Obispo en ese tiempo y este Obispo me dijo: “Milton, estás en una comunidad en la que nunca van a tener sacerdotes. ¿Estás seguro de que quieres continuar?”

Yo me quedé pensando y me dije: “¿Cómo le digo esto a un Obispo?” y le respondí: “Lo que pasa es que yo no siento el llamado a ser sacerdote todavía, a lo mejor algún día, pero este rato siento un llamado a ser de la Obra de la Unidad”. Un llamado a ser de la Obra de la Unidad radical, habiéndolo dejado todo, porque esa palabra me resonaba en el corazón, una palabra que decía: “Ven y Sígueme. Sígueme, dejándolo todo”.

Un día se apareció frente a mí, Monseñor Vela y me dijo: “Tú no tienes permiso para usar ese hábito, no eres religioso”. ¿Si me entienden la idea del no ser religioso? Yo no pertenecía a ninguna comunidad religiosa. La Obra de la Unidad no tenía permiso para usar hábito porque nosotros no hacíamos votos de pobreza, castidad y obediencia, reconocidos por la Iglesia. Él tenía derecho a decir: “tú no tienes derecho a usar el hábito porque no eres religioso”.

Me fui al baño, lloré y me saqué el hábito, lo puse en la mochila y nunca más volví a usar hábito, hasta que nos dieron permiso. Pero, ¿Por qué? Porque yo no era religioso reconocido por la Iglesia.

Fui a orarle a Jesús y le dije: “Señor, ¿Qué me importa más a mí? ¿Que sea reconocido por la Iglesia o que Tú me reconozcas como tu religioso? Dije: “Obviamente me importa más Tu opinión”.

Me encontré en aquel tiempo con algo que la gente no entiende bien. Pero estoy convencido que, hasta hoy no han existido monjitas en la Obra. Esto es algo que la gente maneja como un fantasma. Existió un grupo de chicas que nacieron de las familias de la Obra y se hicieron monjitas en una comunidad que no tiene nada que ver con la Obra porque la espiritualidad, el carisma, la percepción de las cosas es tan diferente que no tiene nada que ver con la Obra de la Unidad.

El arzobispo me dijo esto en esta semana: “Fíjese usted en las monjitas que nacieron de ustedes. No tienen nada que ver con ustedes y no tienen espiritualidad”. Me llamó la atención. No tienen su espiritualidad, no las atacó. Dijo: “no tienen su espiritualidad” y “fíjense”. Algo que ha pasado en la Obra es que nunca han existido monjas de la Unidad, y hay que ser claro.

Recuerdo que una de las monjitas de la comunidad, llamada “De la Unidad” me dijo: “tú no tienes hábito”. De alguna forma era como: “Tú no tienes hábito, no eres nada”.

Yo volvía a hacer mi oración a Jesús: “Jesús, aunque yo no tenga hábito, aunque la iglesia no me reconozca como religioso, para Ti yo soy religioso”. Porque yo sabía que lo más importante en ser religioso, primero, es que Dios te llame. A mí Jesús me había llamado. Yo pertenecía a una comunidad que no era reconocida de la Iglesia. Pero ¿Quién es el dueño de la Iglesia? –por así decir- ¿quién fundó la Iglesia? Jesús.

Yo no sabía cómo decirle a ese Obispo en ese tiempo, que me decía: “Sal de esa comunidad porque nunca vas a ser sacerdote”. Yo no sabía cómo decirle que el dueño de la Iglesia, su superior, me había llamado a ser religioso y que, aunque lo que el Padre Juan hacía conmigo, no era reconocido en ese tiempo por la iglesia, Jesús lo reconocía.

Pasó un tiempo -recuerdo- el Padre Juan se puso mal, falleció y no existían estatutos de la comunidad religiosa. Yo era un laico más, es decir, si ese día la Iglesia decía: “nosotros no reconocemos nada de lo que ha hecho aquel que ustedes llaman seminarista, que se llama Milton Paredes, yo me quedaba como cualquier laico”.

Cuando murió el Padre Juan, nosotros no teníamos ningún reconocimiento de la Iglesia de un proceso de vida religiosa. Ni uno solo. De hecho, no hemos tenido ningún proceso de vida religiosa, hasta que fue establecida la fraternidad sacerdotal en el 2017. Es la primera vez que se reconoce que uno de nuestros religiosos hace votos de pobreza, castidad y obediencia.

En los estatutos se reconoce que, dentro de la Obra de la Unidad, existen miembros que hacen votos de pobreza, castidad y obediencia. En el 2017, es la primera vez que la iglesia reconoce que hay religiosos en la Obra.

Como todo lo que pasa desde el tiempo de Jesús, Jesús no admite cuando Él llama a sus apóstoles nunca admite que le entreguen la mitad. Se acuerdan lo que pasa cuando este chico se le presenta y le dice: “Yo quisiera seguirte maestro” y Él le dice: “¿Qué es lo que has hecho hasta hoy?” “He cumplido los mandamientos, he cumplido con lo que tenía que hacer”. Y Él le dice: “Anda, deja, vende todo, dáselo a los pobres y luego ven y sígueme”.

A veces nosotros pensamos que ese Jesús ha ido cambiado o ha ido suavizándose con la historia, pero la historia es siempre la misma. Si a ti, como miembro de la Obra de la Unidad, el Señor Jesús te llamó un día, a ti también te dice: “El que no es capaz de negarse a sí mismo, de tomar su cruz y seguirme, no es digno de Mí”. Eso lo dice Jesús a tu alma, porque eres cristiano. No es que eso haya cambiado, no es que existan cristianos de primera y cristianos de segunda. El Señor también a ti, si eres miembro de la Obra y aunque fueras únicamente miembro bautizado de la Iglesia y no pertenecieras a ningún grupo, por el hecho de ser cristiano Jesús te dice: “Si tú empuñas el arado y miras hacia atrás, no eres digno del Reino de los Cielos, no eres digno seguidor mío”.

A ustedes miembros de la Obra y a mí también el Señor nos ha puesto a prueba.

Recuerdo de una chica que quiso ser monjita. Se salió de una comunidad de monjitas y tenía ya algunos hábitos de esa vida que tenía. Me dijo: “Yo quiero ser monjita

dentro de la Obra, ¿Qué hago?”. El Padre Juan ya había fallecido. Me dije: “Se fregó, ¿Qué hace?”. Si yo mismo no tenía seguro mi camino.

Recuerdan cuando Jesús les dijo a sus apóstoles: “Ustedes me siguen, pero el Hijo del Hombre no tiene ni siquiera donde recostar la cabeza” Eso dijo Jesús y les dice a ustedes.

En algún momento hubo personas que decían: “Eso de la Obra de la Unidad. ¡Hay que ir a los Jesuitas o a alguna comunidad reconocida pues!. Eso vale la pena”.

Cuando Jesús decía a sus apóstoles les dice: “Yo no tenía ni siquiera donde reclinar la cabeza”.

Pero esos de la Obra de la Unidad ¡Ni siquiera tienen casa para curas! Ni siquiera teníamos Iglesia cuando empezó todo. Ni siquiera existía una casa propia. Y el Hijo del Hombre no tenía donde reclinar la cabeza.

Esta chica que quería ser monjita me dijo que estaba saliendo de su comunidad para ser monjita de la Obra. Yo le dije: “Mira, la verdad es que no hay monjitas en la Obra. Si quieres puedes hacer lo mismo que yo hice” -Yo decía, me va a colgar el teléfono- ¿Y qué es lo que hiciste? -me preguntó-.

Le dije así: “No puedes usar hábito. Primero porque no tenemos reconocimiento. Segundo, tienes que amar a la Obra con tu vida, porque si tú no sientes un llamado a la Obra de la Unidad entonces no tienes vocación para la Obra en ninguna vocación. O sea, si no estás dispuesta a entregarte a la Obra de la Unidad con toda el alma y con todo el corazón como lo hicieron los dos moderadores generales, no tienes vocación ni para cura, ni para laico, ni para casado dentro de la Obra. Si estás dispuesta a hacer eso: a quitarte tu hábito -porque ella no podía andar sin hábito, estaba acostumbrada a creerse monja- si estás acostumbrada a eso y no eres capaz de dejar que Jesús, en tu corazón, te forme como religiosa y que tu corazón cambie, aunque los demás no lo vean, aunque los demás no lo entiendan, entonces no puedes ser monjita de la Obra.

Esa fue la última vez que hablé con ella.

Cuando el hermano David me llamó y yo estaba en Brasil me dijo: “Y ¿qué puedo hacer, ¿dónde voy a vivir? Siento que Jesús me llama”. Yo me ponía a pensar, “¿Qué le ofrezco? ¿Qué le voy a decir?” Ya había hablado con Juan y estaba seguro de que tenía vocación y yo decía, ¿Qué le ofrezco?

Agarré el Evangelio.

- ¿Qué te puedo ofrecer? si Jesús a sus apóstoles nunca les ofreció nada. ¿Sientes que Jesús te llama?

- Si

- De acuerdo, entonces a partir de hoy, Jesús va a ser tu superior.

Yo decía: “¡Qué inteligente que sonó eso!” Pero era lo que decía la palabra de Dios. “Aquel que quiera seguirme que lo deje todo, que tome su cruz y me siga”. En ese momento yo no podía ni siquiera ofrecerle una comunidad porque yo estaba en Brasil

y le dije: “El día en el cual Jesús te llamó, desde ese día, tú eres religioso. Porque eres consagrado de Jesús”.

Hay mucha gente que puede engañarse y a veces se encuentran sacerdotes o monjas que dicen: “Yo todavía no he hecho la promesa a Dios”. Y tú dices: “Desde el día en que Jesús te llamó, desde ese día tú ya eras” Yo le dije: “Desde el día en que tú sentiste el llamado de Jesús, tú ya eras seminarista. Así que anda, el Santísimo está en el seminario y le vas a decir: Jesús, aquí estoy y soy tu seminarista”.

Pensé, capaz que como con la monjita, esta es la última vez que hablo con David.

Ese día, el 20 de agosto, el hermano David sin que haya nadie en el seminario, porque justamente estábamos viviendo nosotros en Brasil. Sin que haya nada que ofrecerle, porque en esa casa no había ni comida, -la refrigeradora estaba vacía porque estábamos de viaje- no teníamos nada que ofrecerle. Ni siquiera podíamos ofrecerle el tenerle listo el cuarto y él decidió dejarlo todo. Él sabía que el dueño de su vocación era Jesús, no era ni el Padre Milton ni el Padre Juan.

El padre Eddy, cuando el Padre Juan estaba enfermo yo decía, ¿Qué le puedo ofrecer? Pero yo no podía sostener esta pregunta porque a mí el padre Juan nunca me ofreció nada, nunca intentó convencerme. Es más, intentó convencerme de que no entre; me dijo: “Piensa un poco más hijito”.

Yo, a los diez y ocho años, sentí que Jesús me llamó y empecé a hacer un montón de cosas. Empecé a pelearme con algunas personas y empecé a decirle a mi familia: “Yo siento un llamado y ustedes no entienden” y alguien recomendó y dijo: “Está muy inmaduro Padre Juan” y el Padre Juan dijo: “Hijito, piensa bien”. Quería convencerme de que no entre, de que me demore un poco.

Yo sentía algo tan fuerte que dije: “Ni siquiera el Padre Juan va a poder convencerme de que no entre” Porque Jesús estaba por encima del Padre Juan. Yo sentí que fue Jesús quien me llamó, no fue el Padre Juan. No fue el Padre Juan quién me convenció.

Cuando me presentó a sus muchachos, a los seminaristas, me dio miedo más bien. En ese tiempo el seminario estaba pasando por una crisis, entonces me dio miedo. Yo decía: “Señor, voy a vivir con ellos, líbrame Tú”.

El hecho de que Dios te llame no tiene que ver con quién vivas, ni si te parece bonito, ni si vas a ser sacerdote, ni si van a reconocerte, ni si te van a agradecer, ni si vas a utilizar una vestidura; porque durante doce años, yo no tenía derecho a utilizar ninguna vestidura. No tienes derecho a que la gente te salude porque eres diferente. La única diferencia tuya con el resto de gente es que Jesús te llamó a dejarlo todo para ser de Él.

El Padre Juan y el Padre Alberto entendían lo que les estoy diciendo porque ellos, no solamente dejaron la vida religiosa para ser de la Obra, ellos dejaron sus comunidades que amaban con toda el alma. Dejaron lo que más amaban.

Pónganse a pensar: ¿Qué es lo que ustedes más aman en esta vida?

Ellos dejaron lo que más amaban. No era un apego, no. Ellos amaban con fidelidad a Dios, amaban sus comunidades.

Un buen día el Padre Juan sintió que el Señor le llamó radicalmente y él, con su puño y letra, le escribió a su provincial y después al general, al superior a nivel mundial y le dijo: “¡Qué pena que usted me diga que yo tengo que permanecer dentro de la comunidad porque yo siento algo por encima de mí mismo que es el llamado de Jesús! Me he puesto como fecha, hasta el primero de diciembre del 97. Si usted no me da permiso, yo saldré de esta comunidad sin haber arreglado nada”.

Son escritos que a veces yo he leído y he podido sentir las lágrimas del Padre Juan al decirle a su superior, aquel al cual juro fidelidad, existe alguien por encima de usted, que es Jesús de la Unidad. Que me ha llamado para ser consagrado dentro de la Obra.

La vida consagrada no es cualquier cosa. Ustedes están llamados a ser consagrados también. La Obra de la Unidad es la única comunidad, donde los casados llegan a tener un nivel de consagración en el que la gente que escucha hablar a Juan Arturo dice: “Él habla más profundo que un cura” Yo he escuchado a mucha gente decir eso. O cuando la gente escucha a Roberto. Cada vez hay más personas que cuando la gente los escucha dice: “Como él habla, ni siquiera los curas hablan”.

El Señor nos ha llamado a vivir una consagración a los casados también, que tiene que ser el mismo nivel de consagración que viven los curas o las monjas, o que deberíamos vivir.

Eso nosotros todavía no lo hemos entendido porque nos falta valorarnos a nosotros mismos. No es que el Padre Milton fue llamado de una manera y el Padre Alberto y el Padre Juan o Juan Arturo.

Me acuerdo todavía cuando tenía unos veinte y dos años que me dijeron que mi madre estaba enferma. Conociéndole a mi mamá, yo sabía que su enfermedad tenía que ver con que ella no quería que yo sea sacerdote y renegaba que yo sea sacerdote. Hasta que le dio una de esas enfermedades que son producto de renegar mucho algo. Me acuerdo de que una de mis queridas tías me dijo: “Tu mamá se va a morir por tu culpa”

En mi psicología fue tenaz. Yo tenía veinte y uno o veinte y dos años y fue una prueba de fe para mí.

Fui delante del Santísimo y le pregunte a Dios: “Señor, ¿realmente mi madre se va a morir por mi culpa?, ¿realmente estoy equivocado?, realmente todo lo que estoy haciendo ¿está mal? al punto de que, ¿tenga que salirme?”

Yo no dudé. Pero le pregunté al Señor. Después volví a sentir el llamado del Señor como aquella vez. Volví a acordarme como Jesús me llamó y me dijo: “Ven y sígueme” y yo le dije: “Señor, si eres Tú el que me está llamando, hasta la muerte de mi madre vale la pena. Porque si ella se muere, Tú te la vas a llevar al cielo”. Le dije eso al Señor.

Luego volví a hablar con paz con esta persona y le dije: “Jesús me llamó y si mi mamá se muere se va a ir al cielo”. Creo que es una de las palabras más fuertes que he dicho, pero después de eso mi mamá se curó. Cuando te paras firme frente a la Cruz de Cristo el Señor soluciona tus ataduras.

Un seminarista, seis años después, tuvo exactamente el mismo problema. Su madre se enfermó y él dijo: "Tengo que ir a cuidar a mi madre". No es que no había quién la cuide, había muchos otros, pero él sintió sobre sí, el peso de su familia. En ese momento él dijo: "Yo tengo que ir a cuidar a mi madre". No solamente su mamá se empeoró, sino que él se salió del seminario.

El Señor dice también: "Si tú amas a padre, madre, hijos, hermanos, amigos más que a Mí, no eres digno de Mí". Y peor que eso, si tú amas a padre, madre, hermanos, hijos, más que a Jesús, no le vas a permitir a Jesús que actúe en tu padre, madre, hermanos e hijos. Eso es algo que los miembros de la Obra tienen que convencerse.

Ustedes tienen que dejar que Dios actúe en su familia y para eso ustedes tienen que quitarse las ataduras que tienen con su familia. Si ustedes son gente apegada a su familia, a sus costumbres familiares, a sus hábitos, hasta apegos a veces simples. Cosas como que tienen un tecito el mismo día en el cual tenían que hacer algo por un hermano de su comunidad de la Obra. Hasta este tipo de cosas que habla de apegos cuando el Señor dice: "Si tu amas padre, madre, hijos, hermanos, amigos, más que a Mí, no eres digno de Mí" Y no solo eso, si no que Jesús no va a poder obrar en tu familia.

Yo les contaba el milagro de mi papá. Yo nunca esperé que él acepte la religión católica porque él siempre fue contrario a los curas. De pronto, algunos dirán: "mágicamente" No, no es magia. Es la gracia de Dios cuando tú eres fiel, de pronto mi padre quiso confesarse conmigo antes de morir. Aceptó la Gracia de Dios. Quería leer la Palabra de Dios, quería ir a la Misa y me trataba como su hijo amado.

Porque si tú pones a Dios como centro de todo, vas a permitir a Dios que se encargue de los tuyos. Pero si tú vives aferrado a los tuyos, entonces Dios va a dejarte que tú te encargues de los tuyos y los resultados van a ser los tuyos, no los de Dios.

Si tú aprendes, como se nos enseña aquí, a vivir amando, pero en el desapego, no significa que vas a descuidar tu hogar, pero tampoco puedes vivir apegado a los tuyos. Consintiendo lo malo que hacen. Siendo a lo mejor, muchas veces hasta cómplice, sin ser denuncia, sin entregarte a ellos con libertad, entonces Dios tampoco va a poder conducir a los tuyos.

Por eso es que los miembros de la Obra de la Unidad están llamados no por ser miembros de la Obra únicamente, sino simplemente por ser cristianos, a que Dios sea el centro de sus vidas.

Hay vidas que son más ejemplares que otras porque lo han dejado todo. A mí me impactó conocer a Marcia y darme cuenta que en la vida de ella había un testimonio que era muy grande y luminoso y que yo no abarcaba ese testimonio.

Pude ver que mientras yo vivía mis cosas, mis complejos, mis miedos porque me sentía víctima del mundo, porque sentía que el mundo no me entendía, ella lo había dejado todo por Jesús y además estaba reconciliada consigo misma y con el mundo.

Eso era algo que yo no tenía.

Me di cuenta de que ser religioso no es ser la víctima de muchas cosas. Yo me sentía feliz pero a veces me sentía víctima. Llegué a entender que un religioso no es

verdaderamente religioso si no acepta en su corazón que Cristo tiene que ser el centro de las cosas, el centro de su psicología y el centro de su sanidad.

El Señor me permitió vivir algo hermoso. Porque además, tal como dice la Palabra de Dios: "Quien deja: padre, madre, hermanos, hijos por Mí, va a recibir el ciento por uno".

Todos ustedes, miembros de la Obra que se han atrevido a dedicarse a sus comunidades, a sus hermanos de comunidad, muchas veces dedicando tiempo que podrían usar en pasatiempo con amigos del colegio o con personas de algún club, y se han dedicado a ellos, el Señor les va a dar el ciento por uno. Ojo, que dice: "Quien pierde su vida por Mí, la encuentra". Eso significa que antes de que Jesús te dé una vida tú tienes que perderla.

¿Cuántos de ustedes sienten que están perdiendo su vida? ¡No perdiendo su tiempo!

¿Cuánta gente que está perdiendo su vida en la Obra?, o sea que está dándolo todo al Señor. No estoy hablando de los que están como macetas -disculpen la expresión- como macetas en la comunidad. Que no opina, no habla, no abre el corazón, no dice nada. No estoy hablando de esas personas.

¿Cuántos de ustedes están perdiendo su vida en el camino de la Obra de la Unidad, por hacer verdaderos hermanos y hermanas en Cristo, hermandades de carne y sangre, para que el Señor algún día les diga: "has perdido tu vida, te voy a dar otros hermanos"?

¿Cuántos de ustedes están perdiendo su tiempo? para que el Señor les diga: "Estás perdiendo tu vida que es tu tiempo, Yo te voy a dar algo mejor que es amor verdadero".

Ustedes, queridos miembros de la Obra, son consagrados.

También ustedes ven curas que, a veces, pasan perdiendo el tiempo, ¿no es cierto?.

El otro día una señora me decía: "Es tan bueno este Padre, dice predicaciones tan hermosas, pero está sacando dos masterados y está terminando la universidad y nunca le vemos en la parroquia". O sea, puedes ser tú un consagrado y que no estás perdiendo tu vida por lo que el Señor te ha pedido. Puede haber muchos miembros de la Obra que a lo mejor no gasta su tiempo y su vida en lo que el Señor le está pidiendo y por eso la Obra no florece tampoco.

Ustedes son consagrados, hoy es día de renovar su consagración. Las almas necesitan de gente que les hable de experiencias reales. Muchas veces esa experiencia no va a venir ni del Padre Milton, ni de Juan, ni de Marcia, ni de Roberto, ni de Danilo, ni de nadie que ustedes sientan a la cabeza, sino de ustedes. De las almas de ustedes, tienen que venir experiencias verdaderas de vida que ayuden a transformar a otras almas porque Jesús les llamó a ustedes a ser consagrados.

Sus mismos hijos. Fíjense que en este tiempo los hijos se descarrían muy fácilmente cuando los padres no tienen puestos todos los sentidos en ellos.

¿Se han dado cuenta de eso? Que los hijos son absorbidos por el mundo y si los padres no tienen un corazón de consagrados, que están prestos todo el tiempo para

darse, para ponerles paz, para ser paz, para generar un mundo de amor alrededor de los hijos, esos hijos se van a perder.

Sus hijos están expuestos a muchas cosas y la respuesta a ese mundo expuesto no es el Padre Milton, ni es Juan. No. Son ustedes que tiene que vivir en fidelidad el amor y la unidad para que sus hijos no se pierdan. Abran los ojitos un poco frente a la realidad que viven porque ustedes están llamados también a ser Unidad y Amor en este mundo.

Hoy día les invito a renovar su consagración a Jesús de la Unidad. No les niego que me emociona mucho pensar en que nosotros tenemos unas bases sentadas en dos sacerdotes y en la vida de Juan que, aunque pocas personas se den cuenta, lo que él ha vivido, las entregas que el Señor le ha pedido tienen un nivel de sacerdocio. Valdría que ustedes vean eso, porque el Señor a cada uno de ustedes les llama a ser consagrados.

Existe vida consagrada en la Obra desde el 2017 en que oficialmente tenemos una comunidad que hace votos de pobreza, castidad y obediencia. No somos sacerdotes seculares, somos religiosos, en el término más parecido a lo que podríamos expresarlo. Somos sacerdotes religiosos dentro de la Obra, somos vida religiosa dentro de la Obra, y hoy es día de pensar en eso. Les invito a que ustedes piensen en su consagración, que ustedes piensen en lo que tienen que ofrecerle a Dios.

No les estoy pidiendo que hagan un tratado de teología, solamente vayan al Evangelio de Mateo que dice: "Si no eres capaz de tomar tu cruz, negarte a ti mismo y seguirme, no puedes ser mi discípulo". Solamente mediten en esa parte que dice: "Quien empuña el arado y mira hacia atrás, no es digno del Reino de los Cielos". Eso está dirigido a ustedes también.

Ustedes son consagrados de la Obra, consagrados a Jesús en esta Obra. Que el Señor nos dé este día, en este tiempo, la gracia de vivir verdaderamente la Unidad que Él quiere con Él, para que aquellos llamados a ser consagrados y además de eso, ser religiosos en la Obra, sean bendecidos. Que todos los religiosos, particularmente en este día, sean bendecidos por nuestras oraciones.

Le ofrecemos al Señor en este momento el pan y el vino y con esto también yo les invito a pensar cómo van a renovar el momento en que comulguen, qué tiene que renovar a Dios de su entrega.